

Denis Mukwege

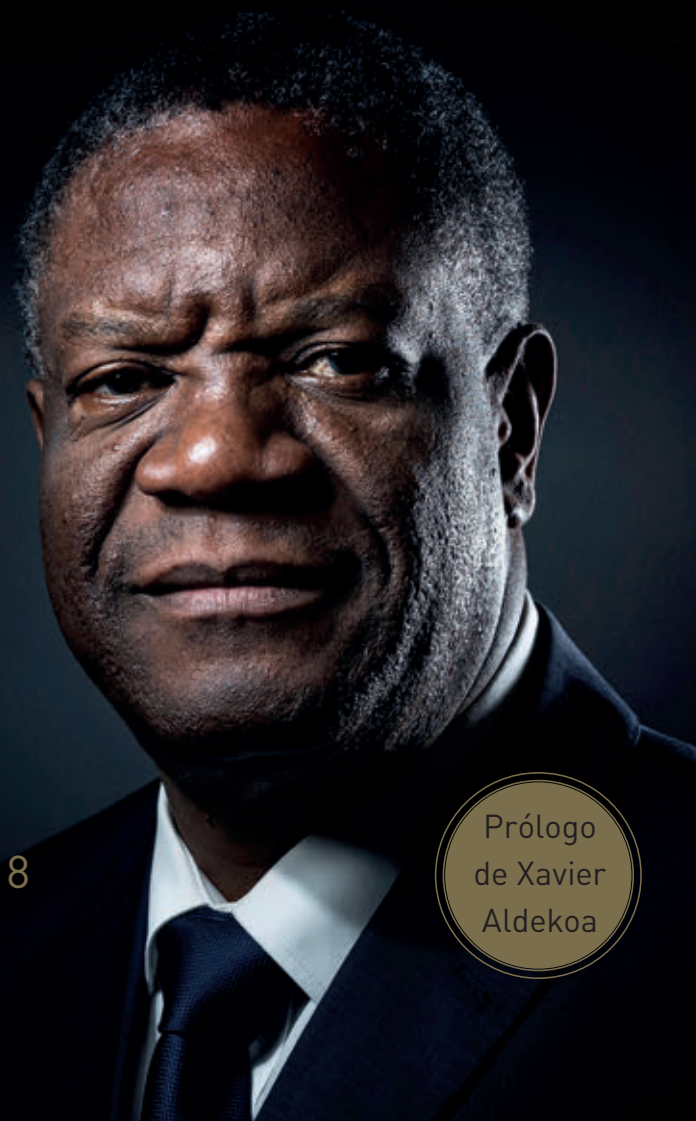
UN MANIFIESTO POR LA VIDA

La autobiografía del hombre
que lucha por las mujeres
en el Congo

Premio
Nobel de la Paz 2018

Prólogo
de Xavier
Aldekoa

PENÍNSULA HUELLAS



Un manifiesto por la vida

Denis Mukwege

Berthil Åkerlund

La autobiografía del hombre
que lucha por las mujeres en el Congo

Traducción de Núria Petit

Prólogo de Xavier Aldekoa

ediciones península

Título original: *Plaidoyer pour la vie*

© Denis Mukwege y Berthil Åkerlund, 2013, 2016

© L'Archipel, 2016, por la presente edición

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2019

© de la traducción del francés, Núria Petit Fontserè, 2019

© del prólogo: Xavier Aldekoa, 2019

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO - fotocomposición

IMPRENTA - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 668-2019

ISBN: 978-84-9942-784-3

ÍNDICE

«El doctor de las mujeres dignas», por Xavier Aldekoa	11
Introducción	17
1	33
2	43
3	49
4	57
5	65
6	71
7	79
8	93
9	99
10	105
11	117
12	133
13	145
14	155
15	165
16	173
17	183
18	191
19	199

20	203
21	209
22	217
23	221
24	227
25	237
26	243
27	251
Epílogo	259
Cronología	265

I

El mundo entero estaba allí, delante de mí. Como en un sueño. Había colocado el texto de mi discurso en el atril y me ajusté la corbata. ¿Aquello era real? Levanté los ojos para barrer toda la sala con la mirada. Ante mí centelleaban las placas con los nombres de las distintas naciones.

Al ver que los embajadores se calzaban los auriculares, tomé conciencia de la importancia del momento: iba a pronunciar un discurso en la ONU. Se me presentaba una ocasión única. ¿Acaso podía pedir más? Desde hacía años, había intentado gritar alto y fuerte para llamar la atención sobre lo que ocurría en el este del Congo. En artículos de periódicos o en la radio y la televisión había contado, denunciado, suplicado, pero sin ningún resultado tangible. La violencia contra las mujeres no había cesado.

A partir de ahora, sin embargo, las cosas iban a cambiar, estaba convencido de ello. La comunidad internacional había reaccionado frente a las atrocidades en Bosnia y en Liberia, las había hecho cesar. ¿Por qué no esperar una solución similar en la República Democrática del Congo?

Miré el texto. Contenía todo lo que los embajadores debían saber. Había llegado el gran momento. Deslicé la mano en el bolsillo interior de la chaqueta para sacar las gafas. Me las acerqué a la cara y, de repente, me quedé inmóvil. Acababa de descu-

brir algo que me dejó sin resuello. Allí estaban los embajadores de todos los países salvo uno, cuya silla estaba vacía —desesperadamente vacía—, el del Congo. ¡Mi propio país!

El mensaje no podía ser más claro. Era un boicot contra mí. La Asamblea General de las Naciones Unidas estaba al completo, con la notable excepción de un miembro. Fue un duro impacto emocional. Tenía la impresión de que aquel asiento vacío cada vez iba cobrando más importancia. ¿Perdería mi sangre fría?

Me puse las gafas y empecé el discurso. Pero las condiciones habían cambiado, ahora me dirigía tanto al escaño vacío como a los embajadores presentes...

Realicé aquella intervención más de seis años después de haber empezado a trabajar en el Hospital de Panzi. Si alguien me hubiese dicho en aquella época que un día pronunciaría un discurso en la sede de las Naciones Unidas, me habría parecido una broma. En el momento de pronunciar el discurso, la situación seguía pareciéndome irreal. No estaba acostumbrado a ese tipo de escenarios. No soy ni político ni diplomático, y jamás me había encontrado en semejante trance. Como pastor, aunque solo a tiempo parcial, estaba acostumbrado a tomar la palabra ante un público. Pero predicar en una pequeña iglesia delante de quinientas personas es una cosa; hablar en la ONU delante de un auditorio de unos doscientos embajadores es otra.

Pronuncié mi discurso en francés, una de las seis lenguas oficiales de Naciones Unidas, y fue traducido a las otras cinco lenguas: árabe, inglés, chino, ruso y español. Si hasta entonces había tenido la impresión de dirigirme a una pared, esta vez la situación era distinta. Mis palabras entraban directamente en los auriculares de los embajadores; gracias a la traducción simultánea, podían entenderme. Si mi mensaje no les llegaba, no se podría atribuir ni a la confusión de las lenguas ni al hecho de que mi voz no fuese lo bastante potente.

Me habían invitado como testigo, mi «observatorio» era el servicio de cirugía del Hospital de Panzi. Las agresiones sistemáticas contra las mujeres en el este del Congo no eran un misterio para nadie, se documentaron por primera vez en 2001: el estudio realizado entonces por Human Rights Watch no había despertado indignación. Contrariamente a otros acontecimientos, la situación en mi provincia natal no atraía la luz de los focos. Durante aquellos meses, el mundo tenía los ojos puestos en el conflicto de Darfur y en el tsunami que acababa de devastar las costas del océano Índico; y mientras tanto, las provincias de Kivu, protegidas de las miradas, se hundían en el horror. Por entonces, las mujeres ya llegaban en tropel al hospital de Bukavu. Naturalmente, la violencia sexual no es un fenómeno tan visible como una catástrofe natural o un conflicto armado. Son agresiones que se perpetran en el mayor silencio. En lugares remotos y con frecuencia protegidos por la oscuridad. No suele haber testigos y, si los hay, desaparecen o callan. Solo los rastros físicos pueden orientarnos y, por razones obvias, es en un hospital donde la verdad resplandece a la luz del día. A nosotros no se nos había escapado nada, disponíamos de todas las estadísticas y los testimonios.

Yo había movido cielo y tierra para que la comunidad internacional tomara conciencia. Me atrevía a confiar en que la opinión pública despertase, que actuaran algunos agentes poderosos. Como había ocurrido en otras regiones del mundo.

Pero la respuesta se hacía esperar y, en la ONU, algunos confesaban su desconcierto por la falta de reacción frente al drama congoleño. ¿Iba mi presencia a cambiar el curso de los acontecimientos? Esa era al menos la esperanza de la dirección de Naciones Unidas.

Si yo estaba allí, no era por ganas o porque me empeñase. Era un deber, sencillamente. No se trataba de subir un escalón

en mi carrera, no defendía mi propia causa, sino la de las mujeres del este del Congo, las que habían sido dadas de alta en el hospital, las que estaban en camino para que allí las trataran y todas aquellas, demasiado numerosas, que no llegarían jamás y cuyo sufrimiento sería silenciado.

Hasta ahora, nadie les había prestado su voz. Alguien tenía que hacerlo.

La primera intervención quirúrgica en el Hospital de Panzi se remonta a septiembre de 1999, en unas condiciones bastante precarias. Acabábamos de iniciar nuestras actividades. La esterilización se hacía en una olla a presión instalada en el patio, las sábanas eran de usar y tirar y procedían de Suecia.

La paciente era una mujer de cierta edad, gravemente herida por bala. La había atacado en su casa un soldado, que no había vacilado en disparar a través de la puerta desde fuera. La bala le había dado en el muslo izquierdo provocando cuatro fracturas del fémur. Con esa herida muy grave y complicada, temíamos no poder salvarle la pierna.

En el quirófano éramos varios médicos. Hablando con ella, acabé por enterarme de lo que le había pasado. Su relato era vacilante, impreciso, no tenía ganas de contar. La habían violado seis soldados, y luego uno de ellos le había disparado. Yo hacía diez años que era ginecólogo, pero la verdad es que allí se me abrieron los ojos; jamás había visto nada parecido: después de unas relaciones sexuales forzadas, aquel acto de extrema violencia, con la única finalidad de mutilar. Aquello era algo nuevo para mí.

La historia de aquella pobre mujer me conmovió y aquella noche no pude pegar ojo. Como no paraba de darme la vuelta una y otra vez en la cama, Madeleine terminó por preguntarme qué me pasaba. No conseguía quitarme esa historia del pen-

samiento. ¿Qué explicación podía tener semejante crueldad? Unos soldados habían decidido, conscientemente, arruinarle la vida a aquella mujer inocente, y además indefensa.

La intervención quirúrgica había sido un éxito. Pudimos salvarle la pierna y la víctima se restableció completamente. Pero yo no imaginaba entonces que habíamos sido testigos de un fenómeno que no hacía más que empezar y que se transformaría en una verdadera epidemia. La rápida propagación no de una enfermedad, sino de comportamientos extremadamente violentos e intencionadamente destructivos. No cabía duda, el este del Congo tomaba el camino de las tinieblas.

Muy pronto el hospital se vio invadido por la llegada de pacientes procedentes de todas partes. ¿Qué estaba pasando? Manifiestamente, no se trataba de casos aislados. Los órganos genitales estaban sistemáticamente en el punto de mira, y muchas habían sufrido heridas graves que sangraban abundantemente. Ninguno de nosotros tenía experiencia en ese tipo de traumatismos. Habríamos querido comprender el origen de aquella ola de violencia sin precedentes, pero no encontrábamos ninguna explicación.

En el quirófano me asistía un colega, un cirujano autodidacta. Algunos días, operábamos de la mañana a la noche, y las lesiones eran tan particulares que los manuales no nos servían de nada. Debíamos encontrar nuestras propias soluciones, inventar técnicas para reparar a esas mujeres desgarradas por dentro y devastadas en el plano psicológico. Yo consideraba que también era mi deber escucharlas con atención. Algunos episodios vividos eran tan horribles que superaban la imaginación, y confieso que sus relatos me afectaban terriblemente, hasta el punto de que al cabo de un tiempo tuve que reconocer que mi trabajo se resentía.

Cuando estás operando, debes estar concentrado. Pero mis pensamientos estaban ocupados por los horrores que mis pacientes habían sufrido y no podía dejar de pensar en el porvenir que les esperaba. ¿Cuál sería la reacción del novio o del marido, abandonarían a esa mujer? ¿Qué dirían sus padres y el resto de la familia? ¿La rechazarían? O al volver, ¿sería agredida de nuevo y tendría que regresar al hospital?

Es obvio que un cirujano no debe estar distraído cuando manipula el bisturí... Llegué pues a la conclusión de que debía dejar de escuchar a mis pacientes, hacer que esa tarea la realizaran otros. La mía era reconstruir a esas mujeres en lo físico, en la medida de lo posible. A partir de ahí, me protegí de todos esos relatos y decidí limitarme voluntariamente a los actos técnicos. Dicho esto, cuando me traían a niñas de tres años con los órganos genitales destrozados, ¿cómo hubiera podido permanecer de mármol? El mundo se hundía a mi alrededor, las lágrimas brotaban de mis ojos. Entonces debía movilizar todas mis fuerzas antes de entrar en el quirófano.

No obstante, mi decisión de no seguir escuchando me ayudó un poco, aunque fuera de manera un tanto relativa... puesto que todas esas vaginas destruidas hablaban por sí solas.

A principios de 2006 vino a visitarnos el noruego Jan Egeland, que era el secretario general adjunto de Asuntos Humanitarios de la ONU. En nuestro primer encuentro descubrí en él a una persona afectuosa, con una gran capacidad de empatía. Cuando llegó, teníamos a unas mil cien mujeres víctimas de agresiones; lo llevé al ala del hospital donde estaban ingresadas.

Le pedí a Jan que les dirigiera unas palabras; sería importante para ellas.

—No he preparado ningún discurso —me dijo vacilante.

—Deje que hable su corazón, con eso bastará —le contesté.

Bajó la cabeza, dio un paso al frente y se quedó pensativo unos instantes ante las pacientes. Más tarde me contó que aquel millar de mujeres delante de él lo habían impresionado muchísimo.

—Eran pacientes de todas las edades, serias, extremadamente dignas, envueltas en sus hermosos paños de colores, y me di cuenta de que cada una tenía su propia historia, que llevaba como un fardo terrible. Cuando vi a todas esas mujeres reunidas, también pude darme cuenta de la amplitud de las atrocidades cometidas en la región. Sí, allí realmente comprendí.

Tras unas palabras para reconfortarlas, Jan se sentó con las mujeres. Una de ellas, con las manos y los pies paralizados, tenía veintiséis años cuando un grupo de milicianos la hicieron prisionera. Atada a un árbol, con los brazos abiertos y las piernas separadas, la violaban varias veces al día. Su calvario duró tres semanas. Había treinta soldados en el grupo y casi todos abusaron de ella. Las cuerdas, que se le clavaban en las muñecas y los tobillos, le habían penetrado en la carne, deteniendo el flujo sanguíneo y seccionando finalmente los nervios: eso fue lo que le provocó la parálisis.

Jan y yo nos fuimos luego a mi despacho. Se sentó en el sofá, y yo en mi sillón enfrente de él. Estaba manifiestamente trastornado, lo vi en su mirada. Aquella mujer paralizada le había llegado a lo más profundo.

—Había ido al bosque a buscar leña —dijo—. Para preparar la cena de la familia. En casa la esperaban, pero nunca volvió.

Durante los últimos años, el mismo guion se repetía una y otra vez. Mujeres que salían y no volvían más. A veces las violaciones se producían cuando estaban en casa, delante del marido o de los hijos, y hasta delante de toda la familia. Pero, en cualquier caso, esas mujeres desaparecían. Ellas, que habían sido el pilar de la familia, que aseguraban el buen funcionamiento del día a día, de pronto se veían cubiertas de vergüenza

y desterradas. Por ellas mismas y por su entorno. Porque, aunque fueran víctimas, se sentían culpables.

Un largo silencio invadió el despacho. Poco después de la visita de Jan, me invitaron a tomar la palabra en la ONU.

Unos días antes de pronunciar mi discurso traté de ponerme en contacto con el embajador de mi país en las Naciones Unidas. Quería mostrarle el texto y recabar su opinión para evitar cualquier malentendido. Hice varios intentos, pero no logré hablar con él. Sus colaboradores solo me dijeron que estaría en Nueva York el día en que yo pronunciase mi discurso. No podía prever que estaría ausente... Y, sin embargo, ese día su escaño estaba vacío. Lo cual era muy elocuente. Me sentí decepcionado y ofendido, pero me dije que eso en modo alguno podía poner en cuestión mi presencia en aquel lugar simbólico. La opinión de mi embajador importaba poco, la realidad en el terreno era la que era. De todos modos, yo había tenido la esperanza de poder hablar con él.

Pero esa extraña situación tenía que ver probablemente con otro acontecimiento: aquel mismo año había habido elecciones en la República Democrática del Congo, ¡las primeras elecciones democráticas desde hacía cuarenta y seis años! Estaba a punto de tomar posesión un gobierno elegido por sufragio universal. En África, y tal vez incluso en todo el mundo, hay pocos países que tengan tan mala fama como el Congo. Todo el mundo recuerda a Mobutu, que durante treinta y dos años ocupó la presidencia y se dedicó a saquear las arcas del Estado. Decían que su fortuna personal superaba los cuatro mil millones de dólares.

Ahora todos esperábamos que se instaurase un nuevo orden: sin corrupción y sin abusos de poder, con una clase política al servicio del pueblo. Y yo estaba allí, en la ONU, mirando una silla vacía, la única de todo el hemisferio que no estaba

ocupada, y aquella silla a su vez me miraba. Aquello no presagiaba nada bueno y me sentí invadido por unos sentimientos contradictorios. Feliz, claro está, por tener la posibilidad de expresarme allí, pero triste por ver que mi propio país me daba la espalda.

¡Qué paradoja! Encontrarse en el corazón mismo de la comunidad mundial y sentirse no obstante tan solo. Extrañamente solo...

Tras el discurso tuve un encuentro con la prensa internacional. No era la primera vez, había recibido a muchos periodistas en mi despacho, y, sin embargo, la situación era inédita porque jamás me había encontrado al mismo tiempo con tantos representantes de los grandes medios. Un poco intimidado por la gravedad del momento, tuve de pronto la impresión de no tener gran cosa que decir. En el fondo, ¿acaso no era yo un simple médico?

Pero Jan Egeland me echó rápidamente un capote y, de todos modos, las preguntas que me hicieron me eran totalmente familiares. ¿Cómo explicar esa violencia sexual masiva y bárbara? ¿Quiénes eran los autores? ¿Qué papel tenían los recursos naturales en ese drama? ¿Tenía alguna parte de responsabilidad el régimen congoleño?

Durante mi estancia en Nueva York me reuní con otras personas. Y así fue como conocí a Eve Ensler, la dramaturga, autora de *Monólogos de la vagina*, una obra que ya se ha representado en los teatros de 140 países. Eve también es la fundadora de V-Day, una organización que combate la violencia y las injusticias contra las mujeres; una lucha que quiere ser universal. Su compromiso se explica sin duda por los acontecimientos trágicos que jalonaron su infancia.

Por iniciativa de la ONU se organizó una conversación pública entre ella y yo, y nos entendimos muy bien. A través de su asociación, ella había conocido a víctimas de violación

en muchos países, pero nunca había puesto los pies en el Congo. La invité por tanto al hospital de Bukavu.

—Venga a ayudarnos —le dije espontáneamente.

Vi claramente que mi invitación la sorprendió, quizás por nuestros puntos de partida tan diferentes. Yo soy médico, sí, pero también pastor, y el hospital que dirijo pertenece a un movimiento muy influyente de la Iglesia Evangélica. Ella, en cambio, es un mascarón de proa de la intelectualidad neoyorquina, una gran feminista y una autora de éxito. Sin duda había cuestiones en las cuales nuestras posiciones eran totalmente divergentes.

La cosa es que contestó que sí. Pero yo seguía siendo escéptico. Había conocido a un montón de personas que después de haberse declarado entusiasmadas por el trabajo del hospital y haber prometido muchas cosas sentadas a una mesa, tomando café... luego no habían vuelto a dar señales de vida. Las decepciones me habían vuelto desconfiado.

En el caso de Eve, mis dudas resultaron infundadas. Poco después de conocernos, se presentó un día en Bukavu. Yo estaba encantado. Nunca ningún visitante había manifestado tanta empatía con las pacientes. Sin reserva ninguna. Se sentaba con ellas, les cogía la mano, les secaba las lágrimas. Enseguida comprendí que había encontrado en Eve a una verdadera aliada, a alguien que me insuflaría nueva energía. Caminando por los pasillos de Panzi, tenía la impresión de volar.

Lógicamente, aquello fue el principio de una colaboración y muy pronto se impuso la idea de crear un centro de formación para las mujeres que habían sido atendidas en el hospital.

Nuestro encuentro en Nueva York había sido decisivo. Estoy muy orgulloso de esta colaboración, es la prueba de que a veces se puede hacer abstracción de lo que nos separa en aras de aquello que nos une. Aunque procedamos de entornos muy distintos.